

De Armorum Vita

Fernán ALTUVE FEBRES-LORES

Catedrático de Historia de la Universidad de Lima

RESUMEN

Las armas están unidas desde su origen al orden y su historia porque ellas han sido el amparo ante feroces seres y la naturaleza acechante, sirviéndole como respuesta imprescindible a la debilidad de sus manos y su cuerpo. Son pues las armas el instrumento de la mente privilegiada de un ser que necesitó de manera imperiosa un medio para su supervivencia en la tierra.

A lo largo de varios horizontes temporales veremos aparecer algunas armas emblemáticas para el fin de la supervivencia humana. En la edad de piedra el hacha, la honda, el cuchillo y el arco resaltaron hasta que el hierro les dio una nueva composición que hizo de la espada, el escudo, lanza y el carro de guerra los símbolos armados de la antigüedad más próxima a nuestros días.

El milenio cristiano nació de la devastación del mundo antiguo donde murallas, arietes y caballeros en armadura representaron el horizonte ecuestre que existió hasta que la modernidad hizo de las armas de fuego con cañones, arcabuces, mosquetes, pistolas y escopetas un tiempo marcado por el fuego y la pólvora. El fuego y el carbón darían origen hacia el siglo XVIII a una edad del acero, donde las armas se hicieron más precisas y donde ametralladoras, tanques y fusiles serían hasta nuestros días los actores del drama infinito entre las causas que se defienden para bien o para mal de los desdichados hombres.

ABSTRACT

The arms are united from their origin to the order and its history because they have been the shelter before ferocious beings and the acechante nature, serving like essential answer to the weakness as their hands and their body to him. They are because the arms the instrument of the privileged mind of a being who needed urgent way an average one for his Earth survival.

Throughout several temporary horizons we will see appear some emblematic arms for the aim of the human survival. In the age of stone the axe, the wave, the knife and the arc, stood out until the iron gave a new composition them that did of the sword, the shield, sends and to the car military the symbols armed of the antiquity next to our days.

The Christian millenium was born of the devastation of the old world where walls, rams and horsemen in armor represented the ecuestre horizon that existed until modernity did of the firearms with tubes, arcabuces, mosquetes, pistols and guns a time marked by the fire and the powder. The fire and the coal would give origin towards century XVIII to an age of the steel, where the arms became more precise and where machine guns, tanks and guns would be to the present time the actors of the infinite drama between the causes that are defended for or for badly of the unfortunate men.

SUMARIO Introducción. 1. El horizonte pétreo. 2. El horizonte férreo. 3. El horizonte ecuestre. 4. El horizonte ígneo. 5. El horizonte acerado. 6. Referencias bibliográficas.

Dime, si has visitado la Real Armería,
 ¿qué sentiste ante aquellas antiguas armaduras?
 Mi verso evocativo perfila las figuras
 heroicas que se pierden en esa lejanía...
 Poeta que a ti llego desde un remoto día,
 ¿cómo podré halagarte con mis palabras duras,
 si estoy enamorado de aquellas aventuras
 y sólo siento aquella vetusta poesía?
 ¿Quieres oír mi canto? Visita el gran museo
 de las armas; y, entonces, colmarás tu deseo,
 posando en esas viejas panoplias tus miradas.
 Tal, ya que a tu capricho mi inspiración someto,
 como una de esas viejas panoplias, mi soneto
 desdobra el abanico de sus catorce espadas...

José SANTOS CHOCANO
Panoplia (1908)

Pocas veces un joven profesor de historia, con más inquietudes que aptitudes, recibe un honor tan grande e inmerecido como el que me ha dispensado Don Miguel Mujica Gallo al invitarme a escribir en su brillante libro «*Armas del Mundo*», reflejo del Museo del mismo nombre, el cual es expresión viva de una obra monumental como ha sido la de coleccionar todas estas formidables piezas históricas que no sólo nos testimonian a los pueblos y culturas que las forjaron, sino también el carácter de los personajes que dispusieron de ellas.

Sin duda, el privilegio de poder escribir sobre las piezas de la *Oploteca*, que durante setenta años de acuciosa colección ha podido reunir Miguel Mujica Gallo, responde a la consideración y amistad que él me ha brindado durante los últimos años, y, por tanto, en respuesta a ese aprecio, y como gratitud por todo el invalorable conocimiento que su señorío y saber me han dado, es que he aceptado el reto de hacer una incursión en un área de la historia especialmente técnica, como es el de la Historia Universal de las Armas.

Sea, pues, con el homenaje a un gran caballero, por lo que nos introducimos en la vida de las armas. Decimos vida de las armas porque, como los antiguos, creemos que estos instrumentos están dotados de una especie de alma, de espíritu que las pone al servicio de una causa justa para fortuna de los débiles o injusta para castigo del género humano. Sólo así, podemos entender que, en otros tiempos, las armas hayan tenido nombre propio según nos ha recordado Aurelio Miró Quesada evocándonos a las famosas *Excalibur* del Rey Arturo, *Durendal* de Roland o la inolvidable *Tizona* del Cid Campeador. A ellas ha cantado Jorge Luis Borges en su poema *Espadas*:

Gram, Durendal, Joyeuse, Excalibur.
 Sus viejas guerras andan por el verso,

Que es la única memoria. El Universo
 Las siembra por el Norte y por el Sur.
 En la espada existe la porfía
 De la diestra viril, hoy polvo y nada,
 En el hierro o en el bronce, la estocada
 que fue sangre de Adán un primer día.
 Gestas he enumerado de lejanas
 Espadas cuyos nombres dieron muerte
 A reyes y a serpientes. Otra suerte
 de espadas hay, murales y cercanas.
 Déjame, espada, usar contigo el arte;
 Yo, que no he merecido manejarte.

Así apreciamos que, más allá del ejercicio preciso del arte de la espada, aquellos viejos caballeros tenían sus espadas por compañeras y consejeras, pues ellas representaban simbólicamente todas las nobles virtudes y constituían un límite a los excesos del hombre armado, limitación que ha quedado reflejada en innumerables ritos y ceremonias donde el guerrero velaba sus armas y oraba con ellas para que fuesen la garantía de su honor como combatiente justo. Por ello, no es extraño que en la hoja o empuñadura se grabasen inscripciones que, independientemente de sus precisos significados, se pueden resumir en una máxima que tendría a una espada por preceptora y que sentencia: «No me saques sin razón; no me guardes sin honor».

Hemos, pues, mencionado la palabra mágica: Honor. Sin el sentido del honor las armas pierden su alma, y se convierten en instrumentos viles al servicio de intereses mezquinos, jamás de causas nobles. Lamentablemente, ha sido el desconocimiento de esta distinción lo que ha permitido que algunos construyan una leyenda negra contra las armas, olvidando que las armas sólo son la escolta del instinto más antiguo que acompaña al hombre: el de su defensa.

Las armas están unidas al hombre desde su origen porque han sido su amparo ante los seres feroces de una naturaleza acechante, así como la respuesta lógica a la debilidad de sus manos que lo evidencian como la más indefensa de todas las criaturas de la creación. Cuando este débil ser descubrió que su mente lo privilegiaba, fue el momento en que convirtió sus ideas en medios y con esto nació el arma como el instrumento más idóneo para un fin incontrastable: la supervivencia del hombre sobre la tierra.

Pero, como hemos dicho, el hombre no sólo las creó como instrumento sino que, al ser una criatura a imagen y semejanza del Señor, les dio un alma, en la misión de la defensa no sólo de la vida, como hecho, sino de la justicia como fin trascendente, misión que ha sido como un soplo de vida para las armas. Por esto apreciamos que en la emblemática *la espada*, la reina de las armas se ha entendido como el símbolo de la *aequitas*.

Mas aquella elevada misión que se encarna en la espada no nos debe permitir olvidar que la protección de los desamparados es la más noble causa que los hombres tienen para con el pró-

jimo y la que también está simbolizada por un arma: *el escudo*. Esta arma, defensiva por antonomasia, ha venido a condensar en la historia la entrega y desprendimiento que da nobleza a los hombres y los eleva moralmente sobre sus congéneres. Por esto no es extraño que los antiguos pueblos al aclamar a sus reyes los levantasen sobre escudos, dignificando un arma que durante el medioevo portaron los caballeros como insignia de su valor y señal de sus colores.

Estas armas así animadas por la justicia que honra y la guarda que ennoblece se convierten en emblemas de una lucha metafísica del bien y contra el mal. Cuando hablamos de esta lucha metafísica debemos entender que con ella se aspiraba a un resultado superior al meramente material de eliminar al enemigo. Este resultado era vencer la resistencia del equivocado para poder extender la mano al caído, en generosa actitud cristiana. El exterminio del contrincante sólo puede entenderse dentro de una visión deshonrosa de la vida, pues constituye el exceso del fuerte sobre un débil al cual se está en el deber de cuidar.

Por esta razón es por la que los hombres de honor han considerado siempre a la guerra como un duelo regido por reglas de caballerosidad que se hacen imprescindibles para que las armas no pierdan su alma, así como se lo aprecia en los lances donde un caballero, a pesar de haber sido herido por el disparo apresurado del contrincante, descargaba su pistola al aire, conteniendo noblemente la ira y la venganza, y dejando sin mácula el arma que por hidalguía portaba.

Es porque creemos que sí se respeta en las armas el valor de ser medios de defensa, no sólo de la vida, sino de la patria, de la honra y de cualquier bien por la que valga la pena ofrendar la vida, por lo que podemos hablar con propiedad de una vida de las armas y también, por qué no decir que, al historiarlas, podemos hacer una biografía de las armas.

Introducción

Al ingresar en el pasado de las armas podemos apreciar que en los orígenes más remotos el hombre se protegió con instrumentos que hoy llamamos armas contundentes, y que en última instancia se derivaban del *fémur* de caballo que fue utilizado por los primeros pueblos del neolítico. Instrumentalizar un hueso para defenderse o cazar fue tal vez la distinción primordial que se dio entre las primitivas tribus y las manadas de animales en un tiempo aún sumergido en una neblina histórica.

Pero, independientemente de lo difuso del recuerdo, la trascendencia de este suceso es tal, que nos ha llegado consagrado por las leyendas de los pueblos antiguos que elevaron estas armas como compañeras de sus grandes héroes. Así, la tradición bíblica rememora la muerte de los filisteos a manos de Sansón, que nos dice:

Con una quijada de asno
los he tostado bien,
con una quijada de asno
he matado a mil hombres.

(Jueces XV, 16)

Por su parte, la tradición pagana también las tenía presente, y así la mitología grecolatina nos recuerda a Hércules portando una *clava* en sus titánicas doce pruebas, cuyos ecos han quedado perpetuados en el emblema de la *Sota de bastos* de la baraja española. La *masa* es un arma de fuerza, simboliza el laborioso esfuerzo no sólo del hombre, sino también de un pueblo. Esto se aprecia bien en la mitología nórdica que nos presenta al valeroso dios Thor con su *Martillo*.

Para el fin del medioevo, el arma contundente se estaba extinguiendo y sólo se perpetuaba como un signo de los tiempos heroicos representados en las clásicas mazas de los heraldos reales.

1. El horizonte pétreo

Las nebulosas leyendas que guardan la memoria colectiva de los pueblos son como los recuerdos que nos llegan de una infancia primordial, que se van despejando con el brillo de la historia que, como ocurre con la vista cuando caminamos, nos va presentando horizontes que nos esclarecen las incógnitas del sendero. El más remoto de estos horizontes que conoció el hombre, y por ende también el arma, fue aquel en el que reinaba el sílex, en el neolítico, el cual fue transformándose gracias a la aparición de las primeras armas: el *hacha*, la *honda*, el *cuchillo* y el *arco*.

En cierta forma, se puede decir que el *hacha* es descendiente de la *masa* arcaica; pero ella, a diferencia de su antecesora, se fue identificando gradualmente con los primeros asentamientos agrícolas, pues también era utilizada para talar y construir las aldeas, así como para labrar. Por ello el *hacha* vino a constituirse en el arma arquetípica de los pueblos sedentarios que empezaron a rendirle una consideración especial dentro de su incipiente cultura. Esta valoración aun se podía apreciar en el siglo XIX entre los indios seminómadas de Norteamérica, los pieles rojas, que ostentaban sus hachas de guerra o *tomahawk*. Este nombre se debe al terror que generaba su rapidez entre los colonos ingleses que las compararon con un ataque de halcones.

En el mundo andino el *hacha* adquirió una gran relevancia en la variante llamada *champi*, que llegó a ser la insignia de soberanía de los Incas del Cusco. De manera parecida, cuando el patriado romano —que era fundamentalmente campesino— estableció su *República* (509 a.C), acogió, como símbolo soberano, a las *fascas*, que era un *hacha* rodeada de un haz de baguetas de madera y eran llevadas por los Lictores en las ceremonias, evidenciando que los magistrados podían fustigar con la vara o decapitar con el *hacha*.

Estos atributos de soberanía revivieron durante la revolución francesa que incorporó las *fascas* en el escudo republicano de Francia perdurando hasta hoy, salvo durante el período del Estado francés (1940-1944). En ese paréntesis, el nacionalismo reemplazó el *hacha* latina por la famosa *Francisca* que era el *hacha* de los francos y poseía filos curvos en ambos extremos. Pero, sin duda alguna, la mayor celebridad contemporánea que ha tenido el *hacha* como símbolo de poder se le debe a Italia, donde Benito Mussolini, inspirado en las *fascas*, creó una ideología que conocemos con el nombre de *fascismo*.

Como contraparte a la mayestática hacha, en la edad de piedra también se ve a la humilde *honda* con la que se identificaron ampliamente los pueblos de pastores pues les servía para encuadrar sus rebaños y dirigirlos disciplinadamente. Las etnias andinas fueron especialmente diestras con la llamada *huaraca* y su uso aún se puede observar entre los gauchos argentinos en la variante de sus célebres *boleadoras*, rememoradas en los versos de *Martín Fierro*.

Ahora bien, este escenario bucólico puede hacernos olvidar que, precisamente por esas prácticas, las tribus pastoriles son extremadamente belicosas e indiferentes al flujo de sangre. En ese sentido, es muy interesante que la contienda más memorable de la antigüedad tenga como protagonista a la *honda*. Nos referimos al combate entre David y Goliat, donde el pequeño pastor con su honda echó a tierra al gigante filisteo. El Antiguo Testamento nos recuerda esta primera acción de quien llegaría a ser el más grande rey guerrero israelita, diciendo:

David tomó su cayado, escogió en el torrente cinco piedras bien lisas y las metió en su zurrón de pastor; tomó la honda y avanzó hacia el filisteo. (...) Metió la mano en el zurrón y sacó de él un piedra, que lanzó con la honda. Hirió al filisteo en la frente. La piedra se clavó en su frente y cayó en la tierra. Así triunfo David del filisteo, con la honda y la piedra;...

(Samuel XVII, 40 y 49-50)

Por otra parte, la honda también fue asumiendo el rol de arma de contención por excelencia, al grado que aún hoy es usada por algunos guerrilleros. La última actuación relevante de esta arma se dio durante la Guerra Civil Española (1936-1939), donde se las usó para lanzar cartuchos de dinamita contra el adversario. Fue también en España donde nació una descendiente moderna de la honda. Nos referimos a la *granada*, cuya denominación proviene de la ciudad donde los árabes fabricaban esta pieza explosiva en compactos envases de porcelana.

Otra arma que era muy usada por los pueblos pastoriles fue el *cuchillo*, consistente en una pieza de piedra o metal llamada hoja con filo en uno sólo de sus lados. Gracias a su simplicidad generalizóse su uso; pero se hizo esencial en los grupos recolectores y cazadores que la necesitaban para cortar sus presas.

Ahora bien, mas allá de estos usos prácticos, las primeras civilizaciones urbanas concedieron al cuchillo un uso ritual que nos ha quedado expresado en el culto hindú a la diosa *Kali*, los sacrificios precolombinos con el *Tumi* de hoja curva, o la ceremonia del *Hara Kiri* con el *tanto* japoneses. Como se aprecia, esta arma formó con el hombre un vínculo primordial, que ha hecho que, a pesar de los adelantos de nuestros días, no haya sido desechada, perdurando tanto en la variante de la *navaja* de origen español como con el modelo *Bowie knife*, creado hacia 1820 por el explorador texano Jim Bowie que murió en 1836 al caer *El Alamo* ante las victoriosas tropas mexicanas.

Profundizando más en la vida del cuchillo, podemos concluir que su reelaboración más acabada es el *puñal*, que se distingue por tener afilados ambos lados de la hoja. Durante el Renacimiento se produjo el mayor uso de esta arma tanto en la variante de la *daga* con su larga

hoja, como en el larguísimo y punzante *estilete* italo-español, que en el *Quattrocento* se hizo un útil instrumento para concluir una disputa de manera no muy honrosa.

La daga más resaltante de Oriente es el *kattar* de la India, que contrasta con la predilección asiática por los cuchillos como el *yatagán* persa, *el bolo* filipino, o el *koukri* de los gurkas nepaleses que hasta nuestros días sirven como mercenarios en el ejército de la Gran Bretaña.

Pero si bien es cierto que todas estas armas modificaron el escenario del mundo neolítico, es el *arco* el arma que produjo la más importante transformación técnica de entonces, sirviendo con ello de transición hacia lo que sería un nuevo horizonte sustentado en el trabajo con el fuelle y la forja de los metales.

El arco y la flecha pueden considerarse, con propiedad, como la primera máquina, tanto por sus partes móviles como por la posibilidad de matar a distancia, siendo adoptada como arma ideal por los cazadores de la antigüedad, quienes, sin mayor riesgo, podían beneficiarse con las grandes manadas. Estas prácticas nos quedan expuestas estéticamente en las pinturas rupestres encontradas en las cavernas, como Altamira, las cuales adicionalmente nos señalan los métodos de caza empleados, y que, bajo las formas de sorpresa y fuga, son el origen de la *táctica* que después sería utilizada contra los adversarios.

Aún en nuestros días, estas tácticas son usadas por los cazadores de la Amazonia, los cuales también se han destacado por el uso de otras armas de tiro, como la *cerbatana*, con dardos envenenados con *curare*, o la ingeniosa *estólica*, hoy extinta, pero muy generalizada en los Andes y recordada por haber herido en un ojo al conquistador Diego de Almagro.

Tal vez fue la gran destreza que exige el uso del arco la que creó entre los cazadores antiguos un sentimiento de élite que, sumado al deseo de botín y poderío, los inclinó a accionar sobre los pueblos agrícolas. Para Mc Neill, con ellos se habría empezado a conformar la primitiva e incipiente aristocracia guerrera. En este sentido, la *Odisea*, de Homero, nos presenta al heroico Ulises y su formidable arco que sólo podía ser usado por él. Se distingue así, al arma que gestó al actor del nuevo horizonte, el *guerrero*.

2. El horizonte férreo

Cuando se inició la Guerra de Troya, que nos narra la *Ilíada*, se dice que la ninfa Tetis rogó al dios Vulcano, el «herrero de los dioses», que hiciese un casco, un escudo y una coraza invencible que protegieran de las saetas a su hijo Aquiles. Para cuando una flecha en el talón acabó con este héroe griego ya se había hecho manifiesto que el hierro era el nuevo elemento de la guerra.

Como vemos, el nuevo horizonte se fue consolidando gracias al yunque de los talleres de fundición de las primeras concentraciones urbanas erigidas en torno a las cuencas de grandes ríos. Así, mientras el barro de los valles cubría de ladrillos los muros, el metal cubría a los guerreros. Junto con este proceso se fue alejando el hombre tribal y supersticioso para dar paso a las primeras civilizaciones irrigantes como Babilonia, Persia, Egipto, China o Chimú, con nuevos y elaborados cultos que se consagraron con la monarquía teocrática.

Los reyes sacerdotes concebían la guerra dentro de batallas rituales como hacían los aztecas. Eran enfrentamientos ceremoniales entre los adversarios, limitando el enfrentamiento a las estaciones de primavera y verano con la consecuencia de pérdidas muy reducidas. Empezaba a nacer un arte de la guerra que se basó en la acotación del conflicto a un campo de batalla. Aun cuando el sentido ritual se hubiera olvidado, se había iniciado una tradición de combate cuerpo a cuerpo que fue el gran paradigma bélico y cuyos mayores exponentes fueron los griegos y los romanos.

La realidad expuesta dio origen a la *estrategia* como saber superior del arte de la guerra, que fue identificada en Occidente con las hazañas del dios Marte, protector de los guerreros. A su vez en el Oriente esta disciplina fue extensamente cultivada como acotación del conflicto y se lo aprecia en la práctica del juego del *Go*.

El nuevo estilo de combate personal desarrolló el arte de la fundición que logró perfeccionar un arma que se convertiría en esencial en la historia: la *espada*. Se puede decir que la espada es hija legítima del puñal antiguo y por ello une su aparición un legado primordial y hermético. No nos debe extrañar que ella sea la primera arma mencionada en el Antiguo Testamento, cuando un ángel justiciero expulsó a Adán y Eva del paraíso por haber vulnerado el mandato divino. (Génesis III, 24).

Con lo dicho, podemos entender que, desde sus orígenes, esta arma haya sido entendida como poseedora de un abolengo celestial y destinada a la nobleza y a la sagrada misión de impartir justicia. Ese sentido no era ajeno a los pueblos paganos; por ello Saavedra Fajardo recuerda en sus *Empresas Políticas* (1612) que Trajano le dio una espada desnuda al Prefecto Petronio y le dijo:

Toma esta espada y usa de ella en mi favor
si gobernase justamente, y si no, contra mí.

Esta espada romana, de hoja corta, se hizo el arma típica de la antigüedad y perduró hasta el siglo VII cuando se adoptó la forma de cruz que universalizaron los caballeros y que se mantuvo inalterada hasta el siglo XVI, en que se requirió agregar una cubierta para la mano, debido a la extinción, junto con la armadura, del guantelete.

Como se aprecia, la protección es complemento esencial en el uso de la espada, y es el *escudo* del jefe guerrero el mejor medio para ello, ya que podía cubrirlo de un corte o de cualquier flecha que le fuese lanzada desde un punto distante. La mitología representó esto cuando la diosa Palas Atenea dio su brillante escudo a Perseo, para que se protegiese de la mirada petrificadora de la Medusa. Cuando éste se enfrentó a la Gorgona, ella fue cegada por su fealdad reflejada en el escudo, lo que dio oportunidad a que el héroe griego usase la espada de diamante que Mercurio le había obsequiado y le cortase la cabeza al monstruoso personaje.

Otra arma predilecta de los guerreros griegos, los hoplitas, fue la *lanza*, que se remonta a los primeros cazadores y deriva de la jabalina. Gradualmente la lanza fue adoptada por el campe-

sinado sedentario convirtiéndose en el arma esencial de la infantería que ellos conformaron, viniendo a definir las grandes batallas de la antigüedad gracias a las formaciones de la *falange* (rodillo) de Alejandro Magno o los *manípulos* de los legionarios romanos. Fue la necesidad de articular estas fuerzas la que empezó a crear una oficialidad que se definió inicialmente en los centuriones romanos con su orgulloso espíritu de cuerpo.

De manera poco feliz, la lanza obtuvo su mayor renombre con los romanos, quienes portaban una jabalina llamada *pilum*, la cual ha quedado perpetuada en la historia debido al legionario Longinos que atravesó con una de ellas el corazón del Cristo crucificado (San Juan: XXXIV). Fray Diego de Ojeda tuvo presente este suceso en su poema *La Cristiada* escrito en Lima en 1611, recordando:

A Longinos, en cuyo seno duro
La impiedad se quedó depositada,
Ordenaron que al pecho santo y puro
Diese con mano fiera una lanzada:
Diola y rompió con ella el Sacro muro
Que el alma excelsa tuvo en sí guardada.

Curiosamente, como si quisiera reivindicar esta culpa, ha sido el sentido de la guarda la que ha identificado especialmente a la lanza con los custodios de las murallas y monarcas como con la variante suiza, o *Alabarda*, que gestó una guardia real conocidos como Alabarderos.

Este papel de compañera vigilante es el que se puede apreciar en las representaciones de Atenea, quien pareciera estar atenta al resguardo de las murallas de su hija predilecta: Atenas. Es justamente gracias a esa lanza por lo que la gran ciudad antigua lleva ese nombre. La mitología nos cuenta que cuando Poseidón se enteró de la fundación de la nueva *polis* quiso bautizarla con su nombre, por lo que retó a la diosa griega. Así, el dios de los mares golpeó con su *tridente* el suelo y concibió al caballo; en tanto que la divinidad retada tocó con su lanza la tierra y de ésta brotó el olivo, que tanto apreciaron antaño como símbolo de paz.

Gradualmente, los pueblos del campo comenzaron la domesticación del caballo, *equus*, para fines de arado y tiro generando una transformación técnica si precedentes en la agricultura. Pronto, por extensión, el caballo fue usado para fines bélicos y serviría a una formidable arma de guerra que sería la transición entre las viejas civilizaciones urbanas y los nuevos pueblos ecuestres. El galope anunciaba la revancha de las criaturas de Poseidón.

El arma que encarnó la transición entre los dos horizontes es el célebre *carro de guerra*. Los griegos, que fueron muy aficionados a los carros, pensaban que Vulcano había forjado en su fragua al carro para ocultar la deformidad de las piernas de su hijo Erictonio. Mas ellos, al igual que los romanos, se vieron impedidos de darle a sus cuadrigas gran uso militar debido a su estrecha geografía. Mientras esto ocurría en aquellas penínsulas, el uso de los carros se generalizaba en las llanuras de Mesopotamia, Persia, China y Egipto.

Precisamente la primera gran batalla de carros se produjo en el valle del Nilo en Meggido, entre Tutmosis III y el rey de los Hicsos (1469 a. C.), realizándose tácticas semejantes a las que se usaron con los carros blindados durante las guerras mundiales.

El combate con carros empezó a generar un sentimiento de hidalguía entre las elites de los carros de guerra que sería el preludio de lo que vendría a ser el espíritu caballeresco. Keegan recuerda que en China, hacia el año 683 a. C., durante las disputas entre los estados Cheu y Song, un duque de este último reino, observando la superioridad del adversario, pidió autorización al rey para atacar a los carros enemigos antes de que tomaran sus posiciones para la batalla. El rey la denegó. Después de ser derrotados y caer prisioneros, el rey Song se explicó con su general diciendo:

... Aunque soy el indigno vestigio de una dinastía derrocada no redoblaré mis tambores para atacar a un enemigo que no haya adoptado la formación de combate.

(KEEGAN, p. 217)

Este sentimiento se extendió por las llanuras hasta que el carro de guerra fue adoptado por un pueblo montañoso que deseaba dominar las planicies aledañas. Nos referimos a los asirios, que hicieron del carro de guerra la formidable arma de desolación que llegó a significar en el pasado. Como innovación, ajustaron en las ruedas largas cuchillas a manera de *guadaña*; y con ellas lograron embestir con mayor eficacia a los infantes.

Los persas heredaron de los asirios la predilección por el carro y lo sostuvieron en las Guerras Médicas (330 a. C.) frente a Alejandro, quien los venció con sus nuevos ejércitos que ya no incluían estas máquinas sino a su innovadora caballería ligera que, de aquí en adelante, se convirtió en una institución esencial en los campos de batalla.

3. El horizonte ecuestre

Las limitaciones que tenían los carros para actuar más allá de las llanuras, falta de rapidez y gran peso cerró su etapa en la historia, abriendo el camino para un nuevo horizonte que se logró gracias a la silla de montar.

Así, los pueblos montados como los mongoles de Gengis Kan, los hunos de Atila, o los turcos se convirtieron en la fuerza determinante de una nueva transformación militar. Se hicieron comunes los ataques en hordas devastando campos y aldeas. Los pequeños cercos de antaño dieron paso a sólidas defensas y altos muros como apreciamos en la Gran Muralla china o en la marca del Rin construida por los romanos.

En breve una ola de saqueos recorrió el continente euroasiático, que proporcionalmente se iba sembrando fortalezas para resguardar los retazos de lo que en otro tiempo fue una cultura. El deseo de botín se apoderó de las mesetas, mientras que el espíritu culto se asiló en colinas fortificadas. A partir de entonces los pueblos se empezaron a definir como *ariete* o como *mural*. Este tiempo conoció dos interesantes variantes que llaman la atención: en un caso, los

vikingos que saquearon las costas cabalgando en sus naves, y en otro, la creación de Venecia como ciudad con murallas de agua. Es indudable que el sentimiento vikingo que llevó a los normandos a Inglaterra en 1066 reviviría en el siglo XVII para lanzarse tras un deseo de botín globalizado tras el cual se constituiría la marina británica.

Pronto se empezaría a cansar el ímpetu inicial de este horizonte caracterizado por el nomadismo ecuestre y personificado por jinetes a imagen del centauro de la mitología griega, los cuales, en cierta forma, pervivirían hasta 1814, cuando los cosacos rusos usaron por última vez arcos y flechas para acosar a la fugitiva *Grande Armée* de Napoleón.

Conjuntamente con la llegada del estribo a Europa (siglo VIII), se produjo la estabilización del jinete dentro de los márgenes de la cristiandad románica, con lo que se empezó a generar un sentimiento de adhesión a las virtudes clásicas del antiguo guerrero y, como consecuencia, se presentó el actor principal de este horizonte: el *caballero*. Él representó la mística del deber, del honor y de la nobleza que se conformó en el arquetipo de ese tiempo y elaboró una tradición que conocemos hasta hoy como espíritu caballeresco.

Las virtudes de este espíritu caballeresco se pueden apreciar en la *Leyenda del Rey Arturo* donde se las asocia con la espada que imparte justicia en nombre de Dios. Así se entiende que desde los caballeros andantes se vino a consolidar el *Ius Gladii Ferendi*, el derecho de usar espada, como el privilegio sagrado de la nobleza.

Por esta razón el «armar» a un caballero se convirtió en un rito litúrgico. Y en la ceremonia de investidura, éste se arrodillaba con un pie en tierra, la espada en la mano derecha y procedía a jurar morir por Dios y su Señor Natural. El Señor respectivamente, con su espada tocaba el hombro izquierdo y derecho del profeso bendiciéndolo en el nombre de San Jorge y San Miguel, quienes como príncipes de la milicia celeste eran los protectores de la Caballería.

La coronación de Carlomagno por el Papa León III, en la Navidad del año 800, no sólo suponía una «resurrección» del antiguo Imperio Romano de Occidente, sino que importaba la consagración de las dos columnas de la monarquía tradicional, las cuales fueron bien identificadas como *dos espadas*, una temporal y otra espiritual. Con ello se iniciaba un milenio cristiano donde, en palabras de Howard, la espuela reconocería al señor como la tonsura identificaba al clérigo.

Cuando los carolingios determinaron la heredad de los feudos (877), la Caballería se hizo señorial y quedó plenamente enraizada al campo, pues era la forma de asegurar económicamente el linaje mediante el cuidado de la tierra y la protección de los siervos. Contrariamente vemos el caso de los árabes que, conociendo formas feudales sólo las hicieron vitalicias, dando como resultado una falta de interés en asegurar un patrimonio que no sería de los descendientes y desanimando la superación del nomadismo ecuestre.

Las Cruzadas proclamadas por Urbano II con su famoso «Dios lo quiere», no sólo son una reacción a la horda musulmana acechante en España, sino también fue un esfuerzo por extender la Caballería como institución al Oriente. Pero el resultado fue inverso; pues fue Europa la que importó desde Asia Menor el lujo oriental, transformando la severa vida caballeresca con

un disoluto espíritu cortesano. Las inmensas y rudas espadas de los cruzados, como los *mandobles* que se usaban a dos manos, y expresaban su fortaleza, no se pudieron sobreponer a la seducción de las *alfanges* y *cimitarras* de Damasco (Siria), célebres por su refinado filo.

Por ello a partir del siglo XIV, Europa ha visto aparecer en su esfera cultural el *sable* que el tener filo en un solo lado es en propiedad un descendiente *legítimo* del cuchillo de sílex. El *sable* fue adoptado paulatinamente por los jenízaros turcos (*kilif*), los húsares húngaros y los cosacos rusos (*chachkal*) convirtiéndolo en el arma característica de la caballería ligera.

Se entiende así que las ordenes de caballería, formadas en el fragor de las Cruzadas, empezaran a quedar como reductos de una forma de vida en extinción. Solo la Orden Teutónica pudo restaurar el antiguo sentido de severidad y deber dando origen a Prusia. El Estado Mayor de Moltke fue la última realización creativa del espíritu caballeresco.

El espíritu caballeresco requería de un ceremonial de vida guerrera; por eso las mallas o cotas se convirtieron en los trajes rituales de los caballeros, a imagen de las casullas del clero medieval, lo que duró hasta que en la batalla de Crecy (1346) los arqueros ingleses con sus *long bow* de aproximadamente dos metros y medio devastaron a la casta nobiliaria francesa con una lluvia de flechas que surcaron el firmamento. Según los cronistas, ese día el cielo se oscureció como había ocurrido en el Paso de las Termópilas hacia el 480 a.C.

De aquí en adelante se reemplazó la malla de acero o cota por la *armadura*, cuya confección era realizada por expertos artesanos en Nüremberg, Milán o Provenza a un elevadísimo costo superior al de una casa. Era el precio que la aristocracia tenía que pagar por volver a estar medianamente protegida en las batallas de la Guerra de los Cien Años (1346-1453).

Así fue que estas espléndidas armaduras se convirtieron en el reflejo de todo el sentir caballeresco, heredero de la tradición de las confrontaciones cuerpo a cuerpo, que perduró en los torneos y justas aun después de la extinción práctica de la coraza. El resurgimiento de los cuerpos de coraceros durante el siglo XIX sólo fue un aroma romántico que suspiraba por los tiempos pretéritos. Sin duda alguna, el ocaso de la armadura se inició con la generalización de una formidable arma originaria de China que se presentó en Occidente hacia finales del siglo XI. Mencionamos a la *ballesta*.

Desde su aparición en Europa la ballesta se convirtió en un arma enormemente eficaz y violenta; por lo que el II Concilio de Letrán (1139) la prohibió considerándola «*artem mortiferam et Deo odibilem*». Después del largo sueño impuesto por la Iglesia, la ballesta empezó a despertar hacia el siglo XV difundiéndose a lo largo de Occidente y floreciendo su fabricación en Barcelona y Génova.

En un inicio, el arma era difícil de cargar y, en consecuencia, más lenta que un arco, pues sólo disparaba un dardo mientras que un arquero en el mismo tiempo podía acertar de 3 a 5 flechas. Proporcionalmente tenía una gran ventaja, su fácil uso, ya que no requería de gran experiencia para ser certera, en tanto que un arquero sólo lograba una buena puntería tras largos años de práctica. Cuando a la ballesta se le agregó un pedal en la parte anterior de la base, la cuerda se pudo tensar prontamente con ayuda del pie, haciéndose más rápida de usar.

Con ello la ballesta vino a convertirse en la más mortífera arma de los campos de batalla medievales, sin contar que su fuerte disparo era incontenible logrando sus saetas perforar las más gruesas armaduras. Esta situación reducía la preeminencia guerrera de los señores a caballo, haciendo a los nobles fáciles blancos de cualquier plebeyo con buena puntería. Era el principio del fin de la hegemonía del jinete y de su coraza, quien, en lo alto de su corcel, ya no estaba a salvo del ataque de alejados infantes. Empezaba el ocaso de la tradición de enfrentamiento cuerpo a cuerpo que se había heredado de los guerreros y que le habían dado forma a la guerra.

Este reinado de la ballesta fue corto, ya que pronto sería desplazada por el arma de fuego que en esa misma época hacía su aparición. Después del siglo XVI su uso sólo fue excepcional en las cacerías de la aristocracia. Modernamente ha tenido un ligero renacer como deporte, así como en las operaciones de comando a iniciativa de las fuerzas de élite británicas durante la II Guerra Mundial.

La transición hacia un nuevo horizonte basado en la pólvora se hizo gracias al *cañón*, que revolucionó el horizonte de la silla y comenzó no sólo una nueva técnica bélica sino todo un proceso tecnológico.

El uso del fuego como arma se conoció en Occidente aproximadamente desde el año 700, pero en un origen sólo era el llamado *fuego griego* de los bizantinos que, en propiedad, solo era un arma incendiaria. Por su parte la pólvora fue conocida primeramente en Oriente por los chinos, quienes la usaron exclusivamente para la pirotecnia, siendo los mongoles los primeros que le dieron fines bélicos. Según dice la leyenda, la composición de la pólvora se conoció en Europa gracias a un descubrimiento casual del monje alemán, Bertold Schwartz, hacia el siglo XIII.

Como es de imaginar, en un inicio la precisión y efectividad de las nuevas armas de fuego era casi nula, además de ser incómodas usar. Tal vez su mayor poder era el temor que infundía y no la eficacia de sus disparos. Este temor se puede entender al ver las dimensiones de aquellas bombardas, las cuales llegaban a pesar hasta tres toneladas, y en algunos casos solo podían realizar un disparo por día. Parker nos recuerda que en 1405 la vista de un solitario cañón indujo a la rendición de toda una plaza.

En aquel entonces la fabricación de tales colosos significaba, por sus dimensiones, un reto que sólo podían asumir los forjadores de campanas, y por ende fueron ellos los primeros constructores de la artillería usándose en ellas bronce, pues era el metal con el que trabajaban. Pronto los poseedores de las piezas tuvieron que recurrir a balas hechas de piedra debido a que el costo de las metálicas era elevadísimo.

Como contraparte de todo este difícil proceso, el arma de fuego empezó a dar en las batallas una supremacía inmensa. Los castillos, que hasta ese momento catalogaron su vulnerabilidad por la altura de sus muros, vinieron a derrumbarse como si fueran hechos de naipes de una baraja. Haciendo fuego sobre las fortalezas inglesas los cañones franceses lograron revertir las derrotas iniciales de la guerra de los cien años y unificar al país.

Pero no sólo los castillos quedaron a merced de la nueva arma; también lo estuvieron los caballeros, puesto que seguidamente se idearon instrumentos personales a semejanza de los gigantes cañones. A estos se les llamó *bastón de fuego* o *cañon de mano*, y cuando contaban con un buen tirador, podían traspasar una sólida armadura y echar a tierra al más prominente caballero.

Lo dicho significaba una enorme perturbación, no sólo en cómo es entendida la guerra, sino sobre todo en cómo era concebida la sociedad caballeresca. Por ello, desde los primeros tiempos, los caballeros vieron al arma de fuego como un artefacto innoble que por su contundente disparo a distancia no daba ocasión a una oportuna defensa. Este sentimiento fue tan poderoso que muchos identificaron a la nueva arma como salida de los mismos infiernos. Ludovico Ariosto nos transmite este sentir, en el interesante Canto IX del Libro I de su *Orlando el Furioso* (1516):

*De repente brilla el relámpago, la tierra se sacude,
Los baluartes, trémulos, dan eco al sonido,
La plaga, que el empleo de su fuerza nunca elude.
Vuela impetuosa con el viento, el zumbido,
Destrozando todo cuanto en su camino encuentra,
Cuando vence se lleva las armas al mar y dice:
¡Oh, maldito invento! de la muerte básico instrumento,
Por arte malicioso de Beelzebu diseñado,
Y en los reinos tártaros de abajo fabricado,
Para arruinar toda razón de la especie humana...
Que nunca de nuevo por tí se arriesgue un caballero
O cobardes bastardos, para que en la guerra, con tu fuero
Y base ventajosa, a un más noble enemigo ataques sin trabajo,
Quédate, para siempre, en este abismo de aquí abajo!*

4. El horizonte ígneo

Como se ha dicho, el nuevo horizonte estuvo signado por la pólvora, que transformó, con mayor profundidad de lo que se había visto antes, a la sociedad existente hasta entonces; pero es importante precisar que la aparición del arma de fuego no afectó por igual a los distintos pueblos europeos.

Así, se puede apreciar la resistencia a su uso entre las castas caballerescas que sentían la pérdida de sus privilegios en los campos de batalla en Francia, Flandes, Alemania o Inglaterra. Hasta entrado el siglo XVI, esta última fue tan reacia al abandonar sus grandes arcos en 1508, el rey escocés Jacobo IV reconocía a una *culebrina* sólo como instrumento eficaz para la cacería de osos (Parker: p. 36). De manera similar los *samurai* japoneses se negaron a renunciar al privilegio exclusivo de la espada hasta mediados del siglo XIX.

Contrariamente, vemos el caso de Venecia que en 1490 ya había cambiado todas sus balistas por armas de fuego. El caso de los hidalgos españoles fue interesante, especialmente en Castilla, tierra de castillos, campos áridos, sin pastos, y cuya nobleza estaba poco asociada a la caballería. Por ello no tenían los prejuicios de otras aristocracias y se enrolaban en las filas de la infantería siendo los mayores beneficiarios de la transformación militar.

El caso de los suizos es similar, pues su vida montañesa los hizo proclives a enrolarse en la infantería, mientras que su carácter cantonal no les impidió servir en otros ejércitos, como aún se ve en la guardia suiza del Pontífice. Con el desapego a una fidelidad señorial y el nacimiento de un espíritu de cuerpo estaba apareciendo en escena el protagonista del nuevo horizonte, el *soldado*. Es importante observar que la palabra soldado, proviene del latín *soldi* (sueldo), hecho que ilustra la nueva dimensión mercantil que iría tomando la guerra. Por ese entonces Maquiavelo pudo afirmar que el dinero es el «*nervo della guerra*».

Consecuentemente, es a partir de esta época cuando el servicio de las armas deja de ser un privilegio exclusivo para la nobleza y su hueste de vasallos para difundirse entre hombres que hacen de la guerra una forma de vida. Desde este momento, los esquemas bélicos se alejarán de los patrones patriarcales anteriores; se organizan las «compañías» y toman el carácter de una gran empresa. No es extraño entonces que, en esta época de mercantilismo nazca la *logística* y se vea organizarse a los *condottieri* con sus fuerzas mercenarias ofreciendo sus servicios a las ricas y codiciadas ciudades italianas.

Los *oros* de la baraja española eran las nuevas cartas que tendrían la primacía, desplazando a las *copas* o cáliz del clero y a las *espadas* de la nobleza. Catedrales y castillos eran desplazados por los talleres y los bancos de la incipiente burguesía, la que gradualmente cambiaría el sentir de vida aldeano por el nuevo espíritu de la urbe.

Proporcionalmente al encumbramiento urbano, los reyes se alejaron de su papel tradicional como *primus inter pares*, separándose de los feudos que representaban el poder del campo y de las estirpes señoriales. Ya no habría más guerras privadas, se prohibía el duelo y la guerra solo podía entenderse como una relación pública entre reyes. Se empezaba a construir una monarquía absoluta, centralizada en sus cortes, fortalecida con su nuevo ejército profesional integrado por gentilhombres y orgullosa de sus cañones. Un siglo después de los cantos melancólicos de Ludovico Ariosto, la realidad era otra. Francisco de Quevedo nos la describe en un fragmento de su poema *Al inventor de la pieza de artillería*:

La pólvora se alzó con la victoria;
della los reyes son y los tiranos;
ya matan más los ojos que las manos;...

Pero esta victoria no sería permanente, pues el gran eclipse de la guerra de sitio fue compensado por una nueva técnica de fortificación en *baluartes* y *bastiones* que, con sus trazos angulares fueron conocidos como *trace italienne*. La ideó León Battista Alberti hacia 1440, y la expu-

so en su obra *De re aedificatoria* (Parker: p. 27). El mayor artífice de este método fue Sebastián Vauban, quien en el siglo XVII consiguió sembrar de nuevas fortalezas los dominios de Luis XIV y con ello consolidar las fronteras de Francia. Un intento análogo con la *Linea Maginot* fracasó ante la guerra de movimientos del siglo XX.

La ventaja inicial que la artillería había dado sobre los castillos había quedado equiparada por las nuevas técnicas de defensa, con lo que quedaba resaltado el rol de la infantería y del arma personal como ocurrió en la Guerra de los Treinta Años (1618-1648). En las confusas batallas campales del barroco, la única manera de lograr eficacia era con la concentración del fuego, para lo que se requirió de gran disciplina y práctica. Así nacen las primeras academias como la *Schola Militaris* de Siegen creada por Mauricio de Nassau para usar del arma de fuego bajo las nuevas técnicas de su *Ejercicio de las Armas* de 1607.

Entre estas armas destaca el arcabuz cuyo nombre posiblemente proviene del alemán *hak* (espiga) y de *buhse* (arma), la que se vino a convertir en el arma hispana por autonomasia. Con ellas, el valeroso Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, gestó los famosos *Tercios* que triunfaron sobre el moderno ejército de Carlos VIII de Francia en las Guerras de Italia (1494-1516).

A partir de este momento, las grandes hazañas de las fuerzas españolas están asociadas al uso de esta arma y es indudable que se convirtieron en el arma característica de la conquista de América. En aquel entonces la capacidad letal de esta pieza, también llamada *trueno de mano*, era muy reducida ya que su difícil cargado sólo permitía seis disparos por hora, mientras que los arcos nativos podían acertar tres flechas por minuto. Pero es indudable que el arcabuz impactó enormemente en los indígenas que, como ha estudiado Ramón Mujica, veían en aquel instrumento una manifestación del dios Illapa, el trueno, quien parecía haber dado sus centellas a los conquistadores. Esta impresión era perfectamente aceptada por Tomaso Campanella, quien en su *Monarquía española* (1640) nos dice que los conquistadores:

..., fueron vistos con enorme estupor por los indígenas, creyeron que bajaron del cielo, y que las naves eran hijas de las nubes y que los arcabuces eran truenos que ellos traían del cielo, y se asombraron enormemente de que pudiesen hablar a través de su escritura...

Probablemente sea el arcabuz el arma de mayor importancia en la época virreinal peruana, no sólo por sus efectos prácticos sino porque pudo generar una tradición pictórica excepcional con el *Arcángel Arcabucero*. Esta tradición viene a reflejar el paradigma metapolítico del barroco andino creado por la «compañía» de soldados de la fe, los jesuitas. En ese sentido, no debe extrañarnos que en sus misiones también se instruyera a las milicias indígenas en el arte de la guerra.

Es a partir del arcabuz cuando veremos aparecer una genealogía de estas piezas de fuego, como la larga *culebrina* o el *falconete* con su pequeño calibre. Ahora bien, las dificultades del pesado arcabuz dieron origen a una nueva versión francesa (1573), cuyo cañón era más largo y

que conocemos con el nombre *mosquete*. Este ha quedado perpetuado en nuestra memoria gracias a los relatos de Alejandro Dumas y *Los tres mosqueteros*. Cuando a estas ramas se les uniformó el calibre se presentó el fúsil que, podemos decir, es su descendiente directo.

Por otra parte existió el *mosquetón* con su cañón recortado y fue el antecedente de las modernas *carabinas* que han sido utilizadas mayormente por la caballería, destacándose los Cuerpos de Carabineros que actuaron como policía en las zonas rurales europeas, especialmente en el Piamonte, desde donde se generalizaron por toda Italia en la época del *Risorgimento* (1859-1871). También sobresalieron las carabinas *Winchester* identificables en los *cowboy* del *Far West*.

Sin lugar a dudas, la mas célebre innovación americana fue el *rifle*, ideado en Pennsylvania por armeros alemanes, que hacia el siglo XVIII se conoció con el nombre de rifle de Kentucky. Ellos lograron superar la lentitud para cargar armas rayadas por *abancarga* y que había hecho que solo se rayase las armas de *retrocarga*, es decir, las llamadas *escopetas*. Los rifles se usaron ampliamente en la Independencia Americana (1776-83), influenciando a sus adversarios ingleses que con ellos conformaron sus cuerpos de *Riflemen*, famosos durante las Guerras Napoleónicas (1804-1815).

Paralela a la genealogía de los modelos de arma se presenta la descendencia de los mecanismos de disparo o *llaves*. En un origen el disparo sólo dependía de una mecha que se colocaba en la cavidad del cañón con la mano pero cuando se le agregó una pieza o palanca en forma de S en el exterior del *oído*, se vino a mecanizar el encendido de la pólvora en lo que se llamo *llave de mecha*. Poco después apareció uno de los más notables ingenios del arte mecánico del siglo XVI, la *llave de rueda*. Su sistema deriva de los engranajes de relojería que algunos atribuyen a Leonardo Da Vinci; pues en su *Codex Atlanticus* existen dos diseños de este tipo. Para el siglo XVIII se había generalizado la *llave de pedernal* que producía una chispa y encendía la pólvora de la cavidad del cañón.

Independientemente de lo que puedan parecer estos adelantos, las armas personales no revestían mayor peligro en las batallas hasta el siglo XIX, pues tenían una pequeña escala de tiro, un corto alcance y absoluta inutilidad ante la humedad. Por ello, se puede entender que los soldados permanecieran de pie frente a los disparos enemigos durante todo el siglo XVII y XVIII. Ese era el sentido de aquellas guerras de desgaste que extenuaban a los infantes. Perder no era una tragedia, porque una derrota permitía dar inicio a otra partida de un «ajedrez» entre reyes.

Con propiedad, se puede decir que el arma que revivió a la infantería en los campos de batalla medievales e hizo mantener su primacía fue la *pica*. En su origen éstas sólo fueron largas estacas de madera, cuyo extremo posterior era enterrado y sujetado con el pie oponiéndolas contra el jinete atacante. Con ellas el escocés William Wallace frenó la carga de la caballería normanda de Eduardo I de Inglaterra en la batalla de Stirling (1307). Este logro se reiteró contra su sucesor, Eduardo II, en el campo de Bannockburn (1314), donde Robert Bruce logró la independencia de Escocia.

Años después, los suizos hicieron lo mismo contra Carlos el Temerario, de Borgoña (1477); pero esta vez habían rediseñado la pica, inspirándose en la célebre *sariza* que usaron las falanges griegas. Para 1494, cuando las fuerzas de Carlos VIII de Francia invadieron Nápoles, el que se consideraba como el primer ejército moderno contaba con un cuerpo de piqueros. Esta primacía de las picas duró más de dos siglos, así en la década de 1640 Oliver Cromwell aún podía agradecer los triunfos militares contra su legítimo Rey a la eficacia de los piqueros de su notable *New Model Army*.

Cuando Diego de Velázquez pintó *La Rendición de Breda*, también llamada «Las picas», empezaba el fin de la edad de oro de esta arma y se iniciaba su lento ocaso. Lo cierto es que con la generalización de los mosquetes ambas armas se disputaban la predilección de los infantes. Hacia el final del siglo XVII la disputa dio nacimiento a la *bayoneta* que, como su nombre evoca, nació incidentalmente en la ciudad de Bayona, participando activamente en los combates de la Guerra de Sucesión Española (1701-1713).

En un inicio, la finalidad de la bayoneta fue darle a los mosquetes la posibilidad de contener a la caballería; pero lentamente esta arma permitió cargas a bayoneta como preámbulo de las luchas cuerpo a cuerpo. Esta práctica se perfeccionó durante la Guerra Austro-Prusiana (1866) con la bayoneta autónoma, es decir, un cuchillo que se engarza al cañón del fúsil, y tuvo su mayor desempeño en los terribles asaltos en las trincheras de la I Guerra Mundial.

Otra arma cuyo nombre recuerda el lugar de su nacimiento es la *Pistola*, pues tuvo su origen en la ciudad italiana de Pistoya, en las cercanías a Florencia. La pistola hizo su entrada en la historia en manos de la caballería aristocrática del barroco, que la aceptó en las celebres *Pistolas de Arzón* que se llevaban en las monturas de los jinetes. En aquella época estos cuerpos eran conocidos como «diablos negros» o «embadurnados» debido a las marcas que dejaba la pólvora negra en miembros y trajes.

La caballería de entonces requería de ambas manos para apuntar y disparar a las líneas enemigas; por ello aprendieron a dirigir sus corceles con hábiles toques de pierna como aún se ve en la Escuela Española de equitación en Viena. Este arte permitió que el rey sueco Gustavo Adolfo diseñara durante la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) la célebre táctica conocida como «Caracol». Dicha estrategia consistía en 20 a 30 filas de jinetes que se acercaban en ola a los contrarios y, después de descargar a quemarropa sus armas, se retiraban al fondo de la formación para recargar y volver a atacar. Pero parece que a pesar de ser muy ingeniosa su eficacia fue muy relativa.

Por esto la pistola, desde sus inicios como un arcabuz pequeño o *arcabucillo*, quedó asociada a la vida y usos nobiliarios como lo evidencia la gran proliferación de pistolas de duelo hasta finales del siglo XIX. En ese sentido, la pistola fue inmediatamente adoptada como el arma típica de la oficialidad como se aprecia con su variante automática Browning 1911 o los modelos Mauser y Luger.

La formación de una oficialidad como heredera de las virtudes nobiliarias se puede decir que fue la última gran creación de la guerra «en forma» del rococó y se debió a que las manio-

bras del ejército de Federico Guillermo I el «Rey Soldado» requirieron de un cuerpo que integrara sus elaboradas marchas, inspiradas en la antigua Roma.

5. El horizonte acerado

El último horizonte de la vida de las armas está signado por la primacía del carbón y la aparición de la máquina de vapor que alejaría la vida tradicional y rural del *nuevo citoyen*. Las clases de las ciudades se elevaban mientras la vieja sociedad cortesana, el *Ancien Regime*, se empezaba a extinguir.

La burguesía quería reinar y empezó a lanzar un hechizo con la palabra mágica *laissez faire*. Los pueblos pronto olvidarían que eran hijos de una dinastía para ser enrolados en una «nación». Mas este cambio es sólo un espejismo, pues se destronó a los monarcas absolutos para entronizar a la mayoría absoluta sobre la cual se erige siempre un tribuno omnipotente, sin tradición y con mucha ambición.

Mas el verdadero cambio que trajo la república burguesa fue el impuesto de sangre que cobraría a los pueblos como contraparte por el sufragio ciudadano. No existiría más el ejército profesional de los Reyes, pues ahora toda nación sería una milicia: llegaba la *levée en masse*. El decreto de leva de 1793 decía:

... Todos los franceses están permanentemente requeridos para la batalla. Los jóvenes irán a la batalla; los casados forjarán armas y transportarán municiones; las mujeres harán tiendas y ropas y servirán en los hospitales; los niños harán hilas con trapos viejos; y los ancianos serán llevados a las plazas públicas con el fin de elevar el valor de los soldados y predicar la unidad de la república y el odio de los reyes.

(Mc Neill p. 213)

El odio fue el sentimiento que se había tratado de contener al limitar la guerra de los campos de batalla; pero al negar la distinción entre los civiles y soldados se desató la barbarie sobre la faz de la tierra. Pueblos enteros serían presa de una guerra civil perpetua donde el fin ya no era desgastar al contrincante hasta su capitulación sino aniquilar al enemigo hasta su exterminio.

Las formas de la guerra «civilizada» por dos mil años de cultura, limitadas a un grupo de contendientes preparados, estaban destruidas por la Revolución. Después de la batalla de Valmy (1792), la guerra se hizo «informe». Sobre esto Spengler nos dice:

El gran ejemplo de la vuelta a la naturaleza lo dan los ejércitos de Napoleón, que en vez del artístico maniobrar con pequeños cuerpos de tropa, emplean el ataque en masa sin temor a las pérdidas y deshaciendo la estrategia del rococó.

(SPENGLER: T. II. p. 491)

El antiguo heroísmo singular, aún presente en tiempo de Federico el Grande, se esfumaba ante las multitudinarias concentraciones de fuego que entre nubes de humo de pólvora barrí-

an los campos de batalla. Por aquel entonces un oficial prusiano expresó que las guerras revolucionarias habían sido un «tiroteo al por mayor» (Schmitt, p. 12). El rey de Prusia entendió el sentido oscuro que traía el nuevo horizonte para los últimos guerreros y para premiarlos en esta sombría edad de hierro creó en 1813 la célebre cruz de tal metal.

Lo dicho se verifica con la predilección de los ejércitos revolucionarios por la artillería móvil y con ello la técnica del cañón se iniciaba un tiempo donde las fábricas también serían fortalezas. En las fundiciones el hierro y el carbón se convertirían en acero, el metal de los nuevos cañones. La perfección de estas técnicas materializó hacia 1850 con los célebres Krupp. Pero, si los nuevos cañones fueron importantes en el nuevo horizonte, el arma de transición no fue otro que el notable *revólver*.

Su antecedente fue el modelo *pepperbox* ideado en Boston en 1818 que dio paso al revólver inventado por el norteamericano Samuel Colt en 1835. Ahora bien, esta arma no hubiese podido existir sin el invento de la *llave de percusión* y fulminante creado por el pastor escocés Forsyth para mejorar sus armas de cacería. Hacia 1820, el mecanismo de percusión había empezado a reemplazar a la dieciochesca *llave de chispa*. Gracias al revólver, los Estados Unidos ampliaron su frontera conquistando el Oeste. Mas esta arma no estaba destinada a contención como el arcabuz hispano sino que era hija de la masificación y por ello sólo podía servir para un aniquilamiento indígena.

Así la aparición del revólver abrió la puerta al arma de repetición, que fue complementada con la revolución de la retrocarga en cañones y fusiles. Esta se materializó con el célebre fusil de aguja de *Dreyse*, tanto como con los renombrados rivales *Chassepot* francés y *Máuser* alemán con *llave de cerrojo*. Cuando ellos se enfrentaron en la Guerra Franco Prusiana (1870-1871) las bajas en batalla superaron por primera vez en la historia a las muertes por enfermedad y en la tremenda proporción de 5 a 1.

Pero el primer escenario bélico donde el deseo de aniquilamiento hizo uso de los grandes adelantos técnicos fue la Guerra de Secesión (1861-1865), donde el telégrafo, el acorazado, los trenes y las fábricas nos muestran el nuevo sentido industrial de la guerra. El dinero, la riqueza desarraigada por no provenir del suelo, se impuso sobre el general Lee y los *gentlemens* del sur terrateniente. Esa contienda marcó a la generación de hombres que llegarían a ser los grandes colosos de la industria de los Estados Unidos.

Después de este conflicto, las academias militares que habían empezado a establecerse después de Napoleón vieron nacer entre sus discípulos al protagonista de este horizonte: el *militar*. El nuevo actor se constituye para algunos, como Ortega y Gasset, en un industrial armado; pero con mayor propiedad se debe decir que era un tecnócrata de la guerra.

En este novedoso teatro maquinista se presentó el primer modelo de *metrallaise*; la *Gatling* con tambor manual, que apareció al final de la guerra civil americana y también destacó en la guerra hispano norteamericana (1898). Pero la primera ametralladora propiamente dicha fue el modelo *Maxim* (1884), que en su variante alemana *MG-08 Spandau* ocupó un lugar relevante en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial. Era el arma ideada para contener a

las masas y su *guerre de manoevre* (Kennedy, p. 407) obligándolas a cubrirse en trincheras como las que, remedando las murallas de antaño fueron usadas por primera vez en la Guerra de Crimea (1854-56).

Este empantanamiento estratégico es el que se evidenció durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918), en la llamada «guerra de posiciones». Ella se desenvolvía en torno a líneas paralelas imposibles de romper por la violencia de los disparos que eran literalmente una *Tempestad de acero*, según tituló Ernest Jünger sus memorias de esa época. Consecuentemente con esta violencia, las sociedades se fueron radicalizando hacia una «Guerra Total» como la definió el general Luddendorf. Esta ideologización bélica era la profecía de Karl von Clausewitz cuando en su *Der Krieg* (1832) había analizado a la guerra como «la continuación de la política por otros medios».

La ideologización de la que hablamos se pudo apreciar con mayor nitidez durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) donde los hijos de la Revolución: el liberalismo, el nacionalismo y el comunismo desolaron el mundo en una guerra de movimientos en la que hicieron gala de todos sus dones técnicos, tanques, aviones, radares, submarinos, proyectiles, etc. Fue hacia el final de la guerra cuando nació el excepcional fusil de asalto alemán MP 44 cuya tardía aparición no permitió salvar al ejército del III Reich de su Capitulación ante los aliados en 1945.

De entre las ruinas de Alemania, un mecánico ruso llamado Kalisnikov, tomo un MP 44 y lo remodeló convirtiéndolo en el formidable AK 47, que se constituyó en el arma mítica del socialismo revolucionario de la posguerra. Su contraparte occidental, el M 16, creado por Stoner en 1950, no pudo exorcizar la magia insurgente de su contraparte soviética, como tampoco lo pudo hacer su sucesor conocido como el «rifle negro» que se usó a finales de la Guerra de Vietnam (1963-1975), constituyendo estas armas los actores más relevantes del drama de la Guerra Fría.

La expresión *Guerra Fría* se usó por primera vez en el siglo XII para denominar el largo enfrentamiento religioso existente entre cristianos y musulmanes en España. A semejanza de aquel conflicto, el enfrentamiento ideológico global asumió un carácter extremadamente radical, con el agravante de la posibilidad de una aniquilación absoluta de los hombres gracias al poder nuclear ejercitado en los genocidios de Hiroshima y Nagasaki.

Ante este peligro la lógica exigió a los ideólogos que toleraran muy a su pesar una forma de acotación de la guerra en determinadas áreas del globo a fin de no comprometer definitivamente a las superpotencias en un Armagedón. Así aparecieron las guerras de China, Corea, Afganistán etc., que han sido denominados «conflictos de baja intensidad» (LIC), pero que no han servido para restaurar la antigua limitación de la guerra a los civiles. Su única ventaja es una limitación geográfica en tanto deja a salvo en esos espacios el sentido mismo de la guerra de aniquilamiento.

Debido a la doble realidad bélica de la Posguerra global-local, las naciones formularon dos respuestas: una, en los cielos de las superpotencias gracias a los proyectiles de alcance que se usaron por primera vez en 1812 cuando los ingleses incendiaron con cohetes la ciudad de

Washington; y la otra, en las lejanas esquinas del mundo donde los partisanos se cubren para poder jaquear al imperialismo.

Aquel mismo año de 1812, Napoleón al ver sus ejércitos desmoronarse por los estoques de las guerrillas españolas profetizó que llegaría el día en que «las batallas se ganarán sin cañones». Por esto, el *guerrillero* se ha venido a perfilar como el protagonista de una nueva etapa de la estrategia signada por el contraste entre la guerra regular y la irregular.

La guerra irregular tiene una larga data. Los romanos la conocieron en las Guerras Púnicas (216 a. C.) y la llamaron *fabiana* en honor a Fabio Máximo, que se enfrentó con Aníbal. Su presencia mas resaltante en la Europa moderna ha sido la de los *francotiradores* que acosaron a los prusianos en 1871 como respuesta a su imposibilidad de continuar una guerra convencional.

Cuando en 1879, la guerra de aniquilamiento fue traída por Chile al Perú, Andrés Avelino Cáceres respondió con una notable guerra irregular realizando una gran resistencia con apostolado patriótico de sus breñeros, porque como dijo Ernesto «che» Guevara «el partisano es el jesuita de la guerra» (Schmitt, p. 124). En aquellos días se vio revivir nuestra tradición guerrillera que según autores, como Parker, que sigue a Bernardo de Vargas Machuca y su *Milicia Indiana*, es el estilo clásico de guerra iberoamericana.

En este momento estamos en el crepúsculo de un horizonte y ante el incierto amanecer de otro. El dilema se presenta entre las guerras como la del Golfo Pérsico o las de Bosnia. Más parece que, con la difusión de los pequeños conflictos, el futuro se inclina hacia la desregulación de la guerra.

Con lo dicho, vemos que nos hallamos ante el umbral de un nuevo tiempo que nos dice que la conclusión de esta biografía de las armas esta aún por escribirse. La historia sin fin estará siempre a espera de una nueva heroína que encarne a su tiempo y que, como hemos dicho, pueda personificar las causas nobles de los pueblos porque aquellos que olviden ennoblecer sus armas, se envilecerán con ellas y este descuido traerá su desgracia. Recordemos que bien dijo Saavedra Fajardo que es:

Dichoso aquel reino donde la reputación de las armas conserva la abundancia; donde las lanzas sustentan los olivos y las vides, y donde Ceres se vale del yelmo de Belona para que sus nieces crezcan en él seguras.

FERNÁN ALTUVE-FEBRES LORES

6. Referencias bibliográficas

ALTUVE-FEBRES, Fernán

1996 *Los Reinos del Perú*. Lima.

CAMPANELLA, Tomás

1991 *La Monarquía Española (1640)*. Alianza. Madrid.

- EARLE, M.
1948 *Creadores de la Estrategia Moderna*. Buenos Aires, T. I.
- GUERRERO, Julio C.
1946 *Belicología*. Lima.
- HISTORIA UNIVERSAL de las Armas. París, 1987.
- HOWARD, Michael
1976 *La Guerra en la historia de Europa*. F.C.E., México.
- KEEGAN, John
1995 *Historia de la Guerra*. Planeta. Barcelona.
- KENNEDY, Paúl.
1995 *Auge y caída de la grandes potencias*. P&J. Barcelona.
- MAQUIAVELO, Nicolás
1995 *El Arte de la Guerra*. Tecnos. Madrid.
- MARTÍNEZ DEL PERAL, Rafael
1992 *Las armas blancas en España e Indias*. Mapfre. Madrid.
- MC NEILL, William
1988 *La búsqueda del Poder*. Ediciones XXI. Madrid.
- MUJICA, Ramón
1997 *Ángeles apócrifos en la América Virreinal*. F.C.E., Lima.
- OJEDA, Diego de
1946 *La Cristiada (1611)*. Lima. T. II.
- PARKER, Geoffrey
1990 *La Revolución Militar*. Crítica. Barcelona.
- SAAVEDRA FAJARDO, Diego
1988 *Empresas Políticas. (1612)* Planeta. Barcelona.
- SALAS, Alberto Mario
1950 *Las armas de la Conquista*. Emecé. Buenos Aires.
- SCHMITT, Carl
1966 *Teoría del partisano*. IEP. Madrid.
- SPENGLER, Oswald
1989 *La decadencia de Occidente*. Espasa-Calpe. Madrid, T. II.
- VARGAS MACHUCA, Bernardo
1892 *Milicia Indiana*. Madrid.

Abrazadera: Pieza que sirve para unir el cañón a la caja o cureña.

Afuste: armazón sin ruedas, de madera o metal, en que se colocan algunas piezas de artillería.

Alabarda: Arma de asta de madera de unos 2mts en el extremo de una punta de lanza lleva un cuchillo transversal con forma de hoja de hacha por un lado y triangular por el otro.

Alfanje: (Tipo de espada) Sable de hoja ancha y curva, habitualmente con contrafilo en la punta. De origen turco.

Anilla: (Parte de la vaina) Aro metálico adosado a la vaina que sirve para colgar el arma del correa.

Anima: Superficie interna del cañón de las armas portátiles y de los de artillería.

Aparejos: Piezas y adornos de que se componen las armas de fuego portátiles la excepción de la bayoneta, caja, cañón y llave.

Arcabuz: Voluminosa arma portátil, de llave de mecha, utilizada en el siglo XVI, fue el arma introducida por los españoles en América, utilizada para las conquistas, fue la principal diferencia tecnológica con los aborígenes americanos. Según se cree se inventó en la península Ibérica a mitad del siglo XV, como un cañón compacto para ser disparado por un solo hombre. Recibió el nombre de arcabuz, de una palabra holandesa que significa cañón de gancho.

Arma automática: Es el arma de fuego en la que, manteniendo oprimido el disparador, se produce más de un disparo en forma continua.

Arma de carga tiro a tiro: Es el arma de fuego que no teniendo almacén o cargador, obliga al tirador a repetir manualmente la acción completa de carga del arma en cada disparo.

Arma de fuego: Es la que utiliza la energía de los gases producidos por la deflagración de las pólvoras para lanzar un proyectil a distancia.

Arma de hombro o larga: Es el arma de fuego portátil, que para su empleo normal, requiere estar apoyada en el hombro del tirador y el uso de ambas manos.

Arma de Lanzamiento: La que dispara proyectiles autopropulsados, granadas, munición química o munición explosiva. Se incluyen en esta definición, los lanzallamas, cuyo alcance sea superior a los 3 metros.

Arma de puño o corta: Es el arma de fuego portátil, diseñada para ser empleada normalmente utilizando una sola mano, sin ser apoyada en otra parte del cuerpo.

Arma de repetición: Es el arma de fuego en la que el ciclo de carga y descarga de las recámaras se efectúa mecánicamente por acción del tirador, estando acumulados los proyectiles en un almacén cargador.

Arma semiautomática: Es el arma de fuego en la que es necesario oprimir el disparador por cada disparo y en la que el ciclo de carga y descarga se efectúa sin la intervención del tirador.

Armadura: Cubierta pensada para resistir impacto de proyectiles, históricamente la humanidad fue desarrollando armaduras y proyectiles para traspasarlas en sucesión, en principio armaduras de cuero, y cascos de bronce con cabelleras de crin para evitar las heridas cortantes por espadas, escudos.

- Ariete:** Arma pesada consistente en una columna vertical sobre una base móvil que se usaba en los cercos para atacar puertas y murallas.
- Avancarga:** Forma de cargar un arma de fuego por la boca del cañón.
- Bala:** Esfera metálica arrojable, por extensión proyectil. Munición de las armas de fuego.
- Ballesta:** Arma arrojadora que lleva un dardo o flecha que es lanzada mecánicamente al soltarse la tensión de un arco.
- Baqueta:** Vara de madera o metal con un extremo más grueso, a veces de asta o marfil, que sirve para atacar la carga de las armas portátiles de fuego.
- Baquetero:** Alojamiento de la baqueta.
- Batiente:** (Parte de la vaina) Elemento de refuerzo situado en la punta de las vainas metálicas.
- Bigotera (parte de la hoja):** Zona corta sin filos y plana próxima a la empuñadura. En ella se solían poner las marcas del armero.
- Boleadora:** Honda usada en la pampa argentina compuesta de tres o cuatro piedras en forma de bolas.
- Boquilla:** (Parte de la vaina) Anillo o boquilla presente con frecuencia en vainas metálicas.
- Botón de espiga:** (partes de la guarnición) perilla.
- Botón:** (Parte de la vaina) Situado en el brocal o próximo a él, este elemento servía para sujetar la vaina al tahalí (correa), en las vainas sin anillas.
- Bowie knife:** Cuchillo característico del oeste norteamericano.
- Brocal:** (Parte de la vaina) Elemento metálico de refuerzo situado en la boca de las vainas de cuero o madera.
- Bayoneta:** Arma blanca que se ajusta a la boca de un fusil, posteriormente fue un cuchillo largo que se ajustaba en el mismo lugar.
- Caja:** Es generalmente de madera y en ella se meten y sujetan las piezas de que se componen las armas portátiles de fuego para posibilitar su manejo.
- Caja:** Parte cilíndrica del cañón. En las armas portátiles de fuego se dice también a la caja de recibir el cañón asegurado con las abrazaderas.
- Calibre:** Diámetro inferior del alma del cañón de un arma, en la Argentina se mide de cresta a cresta de la estría, y se expresa en mm. Otros utilizan la pulgada (USA). Instrumento de precisión para medir diámetros de los objetos.
- Canales (partes de la hoja):** acanaladuras más estrechas y profundas que los vaceos.
- Cañón:** En las armas de fuego portátiles: cilindro hueco de hierro abatido donde se coloca la carga y efectúa el disparo de artillería:
- Carabina:** Arma de hombro de características similares a las del fusil, cuyo cañón no sobrepasa, los 560 mm de longitud.
- Cartucho o tiro:** Es el conjunto constituido por el proyectil entero o perdigones, la carga de proyección, la cápsula fulminante y la vaina, requeridos para ser usados en un arma de fuego.

- Cazoleta:** Pieza de figura cóncava que, en las llaves «de chispa», está unida a la platina y próxima al oído del cañón. Sirve para contener la pólvora del cebo que al inflamarse comunica el fuego a la carga.
- Cerbatana:** Largo tubo hueco a la cual se le introduce un dardo generalmente emponzoñado que es propulsado con el soplido de un guerrero, es usado en las selvas Americanas.
- Cerrojo:** Sistema de alimentación y montado de un arma, generalmente larga de cañón rayado, a pesar de las excepciones, escopetas y pistolas a cerrojo. El mas famoso de los sistemas de cerrojo es la acción tipo Mauser. También se denomina acerrojamiento del arma, al armado en condiciones listas para el disparo.
- Champi:** hacha ritual de oro que representaba los atributos de la realeza de los antiguos Incas.
- Cimitarra:** Sable de hoja muy curva y no demasiado ancha, de origen árabe.
- Contera:** (Parte de la vaina) Elemento metálico de refuerzo situado en la punta de las vainas de cuero o madera.
- Contrafilo** (partes de la hoja): Borde cortante de la hoja, normalmente opuesto al filo principal, de menor longitud y próximo a la punta.
- Coz:** Ver culata, primera acepción.
- Cruz:** (partes de la hoja) Elemento compuesto por dos brazos transversales a la hoja que protege la mano de la hoja del rival.
- Culata:** Parte posterior de la caja de armas portátiles de fuego que sirve para coger y afianzar estas armas para hacer puntería dispararlas.
- Culebrina:** Arma de fuego de bajo calibre.
- Cureña:** Montaje en que se colocan los cañones y obuses para hacer fuego.
- Empuñadura:** (partes de la guarnición) En sentido amplio, guarnición. En sentido estricto, zona de la guarnición que sirve para sostener la espada. En este sentido, con frecuencia se la denomina puño. En pistolas y revólveres, ver Coz o Culata.
- Escopeta:** Es el arma de hombro de uno o dos cañones de ánima lisa, que se carga normalmente con cartuchos conteniendo perdigones.
- Espada:** Arma blanca larga habitualmente de doble filo y hoja recta.
- Espada de Ceñir:** Arma blanca ligera destinada a un uso decorativo.
- Espiga** (partes de la hoja): Zona de la hoja que queda cubierta por la empuñadura y es remanacha o atornilla en su extremo para asegurar ésta.
- Estilete:** Arma blanca extremadamente delgada y con filo a ambos lados de la hoja.
- Estoque:** (Tipo de espada) Espada de hoja estrecha y larga, aunque resistente, destinada a herir de punta. La guarnición de taza era habitual.
- Excalibur:** nombre de la espada mítica que se atribuye al Rey Arturo en las leyendas medievales.
- Fasces:** hacha de acero rodeada con varillas y atada a ésta. Era usada en Roma como símbolo de poder sobre la vida y la muerte, demostrando que un magistrado tenía derecho para ejecutar o fustigar.

Filo (parte de la hoja): Borde cortante de la hoja. Una hoja de espada puede tener uno o dos filos.

Florete: Estoque muy ligero.

Francisca: Hacha característica del pueblo Franco, la cual tenía dos hojas curvas a cada extremo.

Fusil de caza: Es el arma de hombro de dos o más cañones, uno de los cuales, por lo menos es estriado.

Fusil: Es el arma de hombro, de cañón estriado, que posee una recámara formando parte alienada permanentemente con el ánima del cañón. Los fusiles pueden ser de carga tiro a tiro, de repetición, semiautomáticos, y automáticos (pueden presentar estas dos últimas características combinadas, para uso opcional mediante un dispositivo selector de fuego).

Gatillo: Pieza de la llave que golpea para hacer denotar el cebo fulminante en las armas portátiles de fuego.

Guadaña: Herramienta agrícola.

Guardamano: Parte de la guarnición evolucionada a partir de la cruz que normalmente llegaba hasta el extremo de la empuñadura, envolviendo de esa forma completamente la mano.

Guarnición: Todos los elementos de la espada que sirven para sostenerla o para proteger a la mano o manos que la empuñan.

Hoja: Elemento principal, cortante y/o punzante, de un arma blanca.

Horquilla: Instrumento en forma de U. En las armas portátiles de fuego se emplea, unida a una asta, para sujetarlas cuando pesan mucho.

Huaraca: Honda usada en los Andes que se usa con tres piedras unidas entre sí.

Junquillo: (Parte de la guarnición) Cordel de cáñamo empleado para mejorar el agarre de empuñaduras de madera. Se recubría posteriormente de cuero.

Kattar: Arma blanca propia de la India.

Lanza: De origen etnisco.

Llave: conjunto de piezas que, colocadas en un plancha metálica, en el costado derecho del arma, sirven para disparar las armas portátiles de fuego.

Lomo: (parte de la hoja) Borde no cortante. Puede ser de sección cuadrada o redonda.

Mandoble: (Tipo de espada) Espada medieval de doble filo, hoja recta y muy larga y pesada, destinada a su uso con las dos manos.

Mecha: Cuerda de estopa de cáñamo retorcida que, encendida, servía para prender la carga en las antiguas armas de fuego portátiles.

Mesa: (parte de la hoja) Zona plana presente en parte o la totalidad de la hoja. Cuando se describe una hoja, lo más habitual y correcto es contar sólo las de una cara, es decir, la mitad de las realmente existentes.

Mira: Pieza que se coloca convenientemente en las armas de fuego para asegurar por su medio la puntería.

Montante: Mandoble.

Monterilla: (Parte de la guarnición) Pequeño pomo. Se dice que es corrida cuando esta provista de una cola que se prolonga hasta la virola, cubriendo e largo del puño por el lado interior.

Montura: (Parte de la guarnición) Guarnición

Munición: Designación genérica de un conjunto de cartuchos o tiros.

Muñon: Cada una de las dos piezas cilíndricas que a uno y otro lado tiene el cañón, y sirve para sostener en la cureña, permitiéndole girar en un plazo vertical a fin de arreglar la puntería.

Navaja: Cuchillo que se puede guardar en su propio mango, propio de la península Ibérica.

Oído: Agujero que tienen las armas de fuego portátiles en la recámara del cañón para comunicar el fuego a la carga.

Pala: (parte de la hoja) Zona de la hoja próxima a la punta, sin vaceos ni canales, habitualmente con doble filo.

Partesana: italianismo para descargar un tipo de alabarda.

Pedernal: Arma antigua, de rueda, parecida a una pistola, pero de cañón más largo. Para dispararla se apoyaba en el pecho de donde le viene el nombre de pedregal o petrinal.

Percusor: Ver Gatillo.

Perilla: (Parte de la guarnición) Especie de pomo diminuto sobre el que se remachaba la espiga de la hoja en algunas espadas.

Pica: Arma de asta cilíndrica de aproximadamente 2mts de largo y 3 a 5cms de diámetro.

Pilum o jabalina: Consiste en espiga con cabeza larga de hierro que se ensancha para ser clavada en un eje de madera. Usada por los legionarios romanos que generalmente llevaban dos.

Piquete: Astas que, hundidas en tierra parte de ellas y unida al cañón, serían para contrarrestar el retroceso de los caños al disparar.

Pistola ametralladora: Es el arma de fuego automática diseñada para ser empleada con ambas manos, apoyada o no en el cuerpo, que posee una recámara alineada permanentemente con el cañón. Puede poseer selector de fuego para efectuar tiro simple (semiautomática). Utiliza para su alimentación un almacén cargador removible.

Pistola: Es el arma de puño de uno o dos cañones de ánima rayada, con su recámara alineada permanentemente con el cañón. La pistola puede ser de carga tiro a tiro, de repetición o semiautomática.

Pistolón de caza: Es el arma de puño de uno o dos cañones de ánima lisa, que se carga normalmente con cartuchos conteniendo perdigones.

Platina: Chapa de asiento de la llave. También se le llama pletina y plantilla.

Pomo: (Parte de la guarnición) Extremo esférico de la empuñadura de las espadas antiguas que cumplía una doble función: contribuir a equilibrarla y permitir ayudarse con la otra mano al empuñarla. En las modernas se la denominaba monterilla, y era de menor tamaño.

Punta: (parte de la hoja) Extremo agudo de la hoja más alejado de la empuñadura.

Puño: (Parte de la guarnición) Zona de la guarnición empleada para sostener la espada.

- Recazo:** (parte de la hoja): Zona plana y más estrecha que el resto de la hoja, entre la espiga y ésta. Sólo presente en las antiguas espadas con empuñadura de taza o concha, visible entre éstas y los gavilanes. También allí se imponían marcas del espadero.
- Retrocarga:** Forma de cargar un arma de fuego por la parte posterior donde se ubica la culata.
- Revólver:** Es el arma de puño que posee una serie de recámaras en un cilindro o tambor giratorio montado coaxialmente con el cañón. Un mecanismo hace girar el tambor de modo tal que las recámaras son sucesivamente alineadas con el ánima del cañón. Según el sistema de accionamiento del disparador, el revólver puede ser de acción simple o de acción doble.
- Sable:** Arma blanca de hoja curva y un solo filo, destinada fundamentalmente a su uso de corte. La variante de caballería fue la más extendida.
- Sariza:** Arma de asta macedónica de 4mts de largo.
- Seguro:** (Parte de la guarnición) Elemento que permite asegurar la espada introduciendo en él el dedo índice. Normalmente era una anilla de cuero o metal.
- Tanto:** Cuchillo japonés de tamaño mediano que sirve de complemento a las espadas de los samuráis.
- Taza:** (Parte de la guarnición) Guardamano de forma semiesférica utilizando en antiguas espadas como los estoques del siglo XVI y XVII.
- Tomahawk:** hacha característica de los indios nómadas del Este de Norte América.
- Torzal:** (Parte de la guarnición) Alambre retorcido usando para reforzar la empuñadura o para sostener el cuero que la cubre.
- Tridente:** Arma antigua de asta que tiene tres puntas y era usada por los gladiadores.
- Tumi:** Cuchillo ritual usado en el mundo andino, caracterizado por tener una hoja curva.
- Vaceos:** (parte de la hoja) Acanaladuras anchas longitudinales presentes en algunas hojas para mejorar sus condiciones de peso manteniendo su resistencia.
- Vaina:** (Parte de la vaina) Fundada en metal, cuero o madera que protege la espada frente a la oxidación y a su filo de posibles golpes.
- Virola:** (Parte de la guarnición) Especie de anillo usado para reforzar uno o ambos extremos del puño de la espada.
- Zapa:** (Parte de la guarnición) Piel de tiburón empleada para cubrir el puño de la espada, como alternativa al cuero.